

por la codicia de su oro más que por amor á su radiante claridad? Ven, pues, oh tú que tienes las siete estrellas en tu mano derecha; elige tus sacerdotes según su orden y sus ritos antiguos para que llenen su cometido ante tus ojos y echen religiosamente el óleo consagrado en tus santas lámparas siempre encendidas. Tú has enviado á tus servidores, para esta obra, el espíritu de la oración, y has suscitado sus votos como el ruido de una multitud de aguas alrededor de tu trono. ¡Oh! acaba y consume tus gloriosos actos. Sal de tus regias cámaras, príncipe de todos los reyes de la tierra, viste los ropajes visibles de tu majestad imperial; empuña el cetro universal que tu padre te ha transmitido, porque te llama ahora la voz de tu desposada, y todas las criaturas suspiran por su renovación.» Ese cántico de súplicas y de alegría es una efusión de magnificencias, y sondeando todas las literaturas, difícilmente se encontrarán poetas iguales á ese prosista.

¿Es verdaderamente prosista? La dialéctica enrevesada, la pesadez y torpeza del ingenio, la rusticidad fanática y feroz, la grandeza épica de las imágenes sostenidas y exuberantes, el soplo y las temeridades de la pasión implacable y omnipotente, la sublimidad de la exaltación religiosa y lírica; en nada de eso se descubre un hombre nacido para explicar, convencer y demostrar. La escolástica y la rudeza del tiempo han embotado ó enmohecido su lógica. La imaginación y el entusiasmo le han arrebatado y encadenado á las metáforas. Así extraviado ó echado é perder, no pudo producir obra perfecta; no escribió más que folletos útiles, motivados por el interés práctico y el odio presente, y bellos trozos aislados inspirados por el encuentro de una gran idea y por el vuelo momentáneo del genio. No obstante, en esos restos aban-

donados aparece el hombre íntegramente. El espíritu sistemático y lírico se pinta en el folleto como en el poema; la facultad de abarcar conjuntos y de exaltarse ante su evocación, resplandece por igual en los campos de Milton, y se va á ver en el *Paraiso* y en el *Comus* lo que se ha descubierto en el *Tratado de la Reforma* y en las *Observaciones sobre un contradictor*.

## VI

«Me ha confesado (escribe Dryden) que Spenser había sido su modelo.» En efecto: por la pureza y elevación de la bondad, por la riqueza y trabazón del estilo, por los nobles sentimientos caballerescos y la bella composición clásica, los dos son hermanos. Pero tenía aún otros maestros: Beaumont, Fletcher, Burton, Drummond, Ben Jonson, Shakspeare, todo el espléndido renacimiento inglés, y tras él, la poesía italiana, la antigüedad latina, la bella literatura griega y todas las fuentes de donde el renacimiento inglés había brotado. Era continuador de la gran corriente, pero á su manera. Tomaba su mitología, sus alegorías, á veces sus *conceiti* (1), y descubría su rico colorido, su magnífico sentimiento de la naturaleza viva, su inagotable admiración de las formas y de los colores. Pero al mismo tiempo transformaba su dicción y empleaba la poesía en un nuevo uso. Escribía, no por impulso y al solo contacto de las cosas, sino como literato, como humanista, doctamente con ayuda de los libros, viendo los objetos tanto al través de los escri-

(1) Véase el himno sobre la *Natividad*, entre otras, las primeras estrofas. Véase también *Licidas*.



tos precedentes como en sí propios, añadiendo á sus imágenes las imágenes de los demás, retocando y refundiendo sus invenciones como artista que afina y multiplica las cinceladuras y orfebrerías entrelazadas ya en una diadema por la mano de veinte cinceladores.

Se formaba así un estilo compuesto y brillante, menos natural que el de sus precursores, menos adecuado para las efusiones, menos cercano á la viva sensación espontánea, pero más sólido, más regular, más capaz de concentrar en un amplio raudal de claridad todos los centelleos y resplandores precedentes. Reunía, como Esquilo, frases «de seis codos», «empenachadas y vestidas de púrpura», y las hacía marchar como un regio cortejo delante de su idea para realizarla y anunciarla. Mostraba las bellas ninfas, «rosas vivas de los bosques, de coturnos de plata, de ropajes de flores», «y el anochecer, encapuzado de gris, que, á semejanza de un triste peregrino con su hábito monástico, surge tras las ruedas fugitivas del sol,—las islas de cintura de olas, que, como ricos diamantes, esmaltan el desnudo pecho del abismo,—las deslumbradoras filas de ardientes serafines que elevan hacia el cielo sus angélicas trompetas resonantes (1)». Acumulaba en tupidas frondosidades las flores esparcidas en los demás poetas, «la temprana primavera que muere abandonada, el espigado jacinto, el pálido jazmín, el aterciopelado pensamiento, el clavel blanco, la ardiente violeta, la fragante rosa, la madre selva de gracioso adorno, con la lánguida vellorita que inclina la pensativa cabeza, y todas las flores que ostentan un melancólico bordado». Las convocaba alrededor de la tumba de su amigo, y

(1) *Licidas*.

decía «al amaranto que derramase allí toda su belleza, y á los narcisos que llenasen de lágrimas sus copas». Hablaba «á los hondos valles donde cuchichean suavemente las arboledas, los vientos retozones y las fuentes, y cuyo fresco regazo respeta la canícula ardorosa». Les decía «que matizaran todo el suelo de flores primaverales, que arrojaran sobre aquella tumba todos los esmaltes de los radiantes ojos que en el verde césped beben los rocíos perfumados». Muy joven aún, y al salir de Cambridge, propendía hacia lo magnífico y lo grandioso; necesitaba del gran verso rotundo, de la estrofa amplia y sonora, de los períodos inmensos de catorce y veinticuatro versos. No miraba á los objetos frente á frente y á su nivel, como un mortal, sino desde lo alto, como esos arcángeles de Goethe (1) que abarcan de una ojeada el Océano entero forcejeando contra sus costas, y la tierra que circula envuelta en la armonía de los astros fraternales. No era la *vida* lo que él sentía, como los maestros del renacimiento, sino la *grandeza*, á semejanza de Esquilo y de los profetas hebreos (2), espíritus viriles y líricos como el suyo, que, educados como él en una atmósfera de emociones religiosas y de continuo entusiasmo, desplegaron como él la pompa y la majestad sacerdotales. Para expresar semejante sentimiento no bastaban las imágenes y la poesía que no se dirige más que á los ojos; se necesitaban también sonidos y esa poesía más íntima que, purgada de representaciones corporales, llega al alma: él era músico; sus himnos se desarrollaban con la lentitud de una melopea y la gravedad de una declamación; y él mismo pare-

(1) *Faust. Prolog im Himmel*.

(2) Véase en *Licidas* la profecía contra el arzobispo Laud.



cía pintar su arte en este incomparable pasaje que se desarrolla como la solemne armonía de un motete:

«En la profundidad de la noche, cuando el sopor (1) ha encadenado los sentidos de los mortales, escucho la armonía de las sirenas celestes que, sentadas en las nueve esferas, cantan para las que tienen las tijeras de la vida y dan vueltas á los husos de diamante, donde se arrolla el destino de los dioses y de los hombres. Tal es el suave influjo que la música ejerce para embelesar á las hijas de la Necesidad, para mantener á la Naturaleza vacilante en la órbita de su ley y dirigir el movimiento de este bajo mundo al compás de los acentos celestes que ninguna criatura de barro humano puede oír.»

A la vez que el estilo, modificaba los asuntos; estrechaba y ennoblecía el dominio como el lenguaje del poeta, y consagraba sus pensamientos como sus palabras. «El que conoce la verdadera naturaleza de la poesía (decía un poco más tarde) no tarda en descubrir lo despreciables que son los versificadores vulgares, y el religioso, el glorioso, el magnífico uso que se puede hacer de la poesía en las cosas divinas y humanas...»

«Es un don inspirado de Dios, rara vez concedido..., un poder colocado al lado del púlpito para plantar y alimentar en un gran pueblo las semillas de la virtud y de la honradez pública, para calmar las agitaciones del alma y restablecer el equilibrio de las emociones, para celebrar en altos y gloriosos himnos el trono y el cortejo de la omnipotencia de Dios, para cantar las victoriosas agonías de los mártires y de los santos, las acciones y los triunfos de los justos y de las naciones piadosas que combaten valerosamente por la fe contra

(1) *Arcades.*

los enemigos de Cristo (1).» En efecto; ya en la escuela de San Pablo y en Cambridge había parafraseado salmos, y compuesto después odas á la Natividad, á la Circuncisión y á la Pasión. A poco aparecen cantos tristes sobre la muerte de un niño, sobre el fin de una noble dama; después graves y nobles versos sobre el Tiempo, á propósito de una música solemne, sobre sus veintitrés años, «primavera tardía que no ha ofrecido capullos ni flores». Por último, hele aquí en el campo, en casa de su padre, y las esperanzas, los ensueños y los primeros arrobamientos de la juventud fluyen de su corazón como en un día de estío un perfume matinal. ¡Pero qué distancia entre esas sonrientes y serenas contemplaciones y la ardiente adolescencia, el voluptuoso *Adonis* de Shakespeare!

Se pasea, mira, escucha: á eso se reducen sus alegrías; no son más que las alegrías poéticas del alma. Oír «la alondra que emprende el vuelo y despierta con su canto la taciturna noche hasta que resplandece la pintada aurora; el labrador que silba en su surco; la lechera que canta con toda su alma; el segador que afila su hoz en el valle bajo el espino»; ver los bailes y los regocijos de Mayo en la aldea; contemplar las pomposas procesiones y «el zumbido afanoso de la muchedumbre en las ciudades guarnecidas de torres»; sobre todo abandonarse á la melodía, á la música divina de los versos suaves, y á los sueños encantadores que hacen pasar nuestra mente en una luz de oro: he ahí todo; y en seguida, como si hubiese ido demasiado lejos, para contrabalancear ese elogio de los goces sensibles, llama á la Melancolía (2) «la monja pen-

(1) *Reason of Church government.*

(2) *Il Penseroso.*



sativa, piadosa y pura, envuelta en su oscuro hábito de majestuosos pliegues, que se adelanta con paso igual, con semblante contemplativo, con los ojos puestos en el cielo que la responde, y el alma puesta en los ojos». Con ella vaga en medio de los graves pensamientos y los graves espectáculos que recuerdan al hombre su condición y le preparan á sus deberes, ya entre las altas columnatas de árboles seculares cuyas cúpulas mantienen bajo su abrigo el silencio y el crepúsculo, ya por «esos pálidos claustros estudiosos donde las vidrieras y los ricos rosetones historiados proyectan bajo los arcos macizos obscura claridad religiosa», ya, finalmente, en el recogimiento del gabinete de estudio, donde canta el grillo, donde luce la lámpara laboriosa, donde el espíritu, á solas con los nobles espíritus de los tiempos pasados, evoca á Platón para aprender de él «qué mundos, qué vastas regiones poseen el alma inmortal cuando ha abandonado su casa de carne y el menguado rincón en que yacemos». Milton estaba lleno de esa alta filosofía. Cualquiera que fuera la lengua que escribiese, inglesa, italiana ó latina; cualquiera que fuera el género que tocarse, sonetos, himnos, estancias, tragedias ó epopeyas, á esa filosofía volvía siempre. En todas partes alababa el amor casto, la piedad, la generosidad, la fuerza heroica. No era por escrúpulo, sino por naturaleza; su necesidad y su facultad dominante le llevaban á las concepciones nobles. Se daba el placer de admirar, como Shakspeare el de crear, como Swift el de destruir, como Byron el de combatir, como Spenser el de fantasear. Aun en poemas decorativos que no servían más que para recrear con espectáculos fantásticos, en *mascaradas* como las de Ben Jonson, imprimía su propio carácter. Eran distracciones de castillo; hacía

de ellas enseñanzas de magnanimidad y de constancia. Uno de esos poemas, el *Comus*, ampliamente desenvuelto, con una completa originalidad y una elevación de estilo extraordinaria, es quizá su obra maestra, y no es más que el elogio de la virtud.

Aquí, de golpe, nos encontramos en los cielos. Un espíritu, que ha bajado á los bosques vírgenes, entona esta oda:

«Ante el umbral estrellado del palacio de Júpiter se halla mi mansión, entre esas formas inmortales, espíritus etéreos que viven luminosos en serenas esferas de aire apacible y puro, por encima del humo y del tumulto de este obscuro rincón que los hombres llaman tierra, establo vil donde, hacinados y confinados en sus bajos pensamientos, luchan por conservar una febril y mísera vida, olvidando la corona que, tras las vicisitudes mortales, da la virtud á sus verdaderos servidores en medio de los dioses sentados en sus sagrados tronos.»

Tales personajes no pueden hablar; cantan. El drama es una ópera antigua, compuesta, como el *Prometeo*, de himnos solemnes. El espectador se ve transportado fuera del mundo real. Lo que escucha no son hombres, sino sentimientos. Asiste á un concierto como en Shakspeare; el *Comus* continúa el *Sueño de una noche de verano*, como un coro viril de voces profundas continúa la sinfonía ardiente y dolorosa de los instrumentos.

«Por las intrincadas sendas de ese soberbio bosque, donde la trémula sombra amenaza los pasos del viajero perdido», yerra una noble dama, separada de sus dos hermanos, alterada por los gritos salvajes y la alegría turbulenta que oye á los lejos. Allá el hijo de la encantadora Circe, el sensual Comus baila y agita



antorchas entre los clamores de los hombres trocados en brutos; es la hora «en que los lagos y los mares con sus rebaños escamosos hacen en torno de la luna sus rondas ondulantes, mientras en las arenas y en los escollos saltan las ágiles hadas y los enanos vivarachos». La dama se asusta, se arrodilla, y en las formas vaporosas que ondulan en lo alto iluminadas por la pálida claridad divisa la Esperanza de blancas manos, la Fe de puras miradas y la Castidad, celestes y misteriosos guardianes que velan por su vida y por su honor.

«¡Oh! ¡Bien venidas seáis, Fe de puras miradas, Esperanza de blancas manos, ángel de alas de oro que vuelas por encima de mi cabeza, y tú, santa Castidad, forma sin mancilla! Os veo claramente, y creo ahora que él, el Bien supremo, que no tolera los seres malos sino para convertirlos en serviles ministros de su venganza, enviaría un ángel luminoso, si fuese menester, para defender mi vida y mi honor contra todo ataque. ¿Me engaño, ó una negra nube ha vuelto su orla de plata hacia la noche? No me engaño; una negra nube ha vuelto su orla de plata hacia la noche y proyecta un resplandor en la tupida espesura.»

La dama llama á sus hermanos; «el dulce y solemne acento de su voz vibrante se eleva como un vapor de ricos perfumes destilados, y en alas del aire corre en medio de la noche», por encima de los valles «bordados de violetas», hasta el dios sensual á quien transporta de amor. El dios acude, disfrazado de sacerdote:

«¿Es posible que una mezcla mortal de arcilla terrestre exhale el encanto divino de semejantes acentos? Algo divino habita en ese pecho de seguro. ¡Qué suavemente flotaban en alas del silencio al través de la bóveda vacía de la noche...! Muchas veces he oído

á mi madre Circe con las tres sirenas, en medio de las náyades vestidas de flores... arrebatarse con sus cantos el alma cautiva al venturoso Eliseo; Scila lloraba; las olas rugientes callaban atentas, y la cruel Caribdis murmuraba un suave aplauso... Pero un arrobamiento tan sagrado y profundo, tal voluptuosidad de dicha sin embriaguez, jamás la he sentido.»

Son ya los cantos celestes. Milton los describe y á la vez los imita; hace comprender la frase de su maestro Platón de que las melodías virtuosas enseñan la virtud.

El hijo de Circe se lleva engañada á la noble dama, y la sienta inmóvil en un palacio suntuoso ante una mesa exquisita; ella le acusa, resiste, le insulta, y el estilo adquiere un acento de indignación heroica para abominar la oferta del tentador.

«Cuando el libertinaje, con miradas impuras, con ademanes inmodestos, con sucio lenguaje, y sobre todo, con el acto innoble y pródigo del pecado, deja penetrar la infamia en lo más profundo del hombre, el alma cadavérica se inficiona por contagio, sepultada en la carne y embrutecida, hasta que pierde enteramente el divino carácter de su ser primero. Tales son las pesadas y húmedas sombras fúnebres que se ven á menudo en las bóvedas de los osarios y en los sepulcros, sentadas al lado de una tumba reciente, como resistiéndose á abandonar el cuerpo que amaban.»

El dios, confundido, se detiene, y en el mismo instante los hermanos, guiados por el espíritu protector, se arrojan sobre él con la espada desnuda. Comus huye, llevándose su varita mágica. Para librar á la dama encantada, se llama á Sabrina, la náyade bienhechora, que, «sentada bajo las frías ondas cristalinas, anuda con trenzas de azucenas los rizos de su ca-



bellera de ámbar». La náyade se levanta ligeramente de su lecho de coral, y su carro de turquesa y de esmeralda «la deposita en los juncos de la orilla entre los húmedos mimbres y las cañas». Tocada por aquella fría y casta mano, la dama sale del asiento maldito que la tenía encadenada; los hermanos con la hermana reinan tranquilamente en el palacio de su padre, y el espíritu que lo ha dirigido todo entona esta oda donde la poesía conduce á la filosofía, donde la voluptuosa luz de una leyenda oriental viene á bañar el Eliseo de los sabios, donde todas las magnificencias de la naturaleza se reúnen para añadir una seducción á la virtud:

«Torno á volar ahora hacia el Océano y hacia los climas venturosos que se extienden allí donde la luz jamás cierra los ojos; torno á las alturas, á los campos delitados del cielo. Allí respiro el límpido aire en medio de los ricos jardines de Hesperus y de sus tres hijas, que cantan alrededor del árbol de oro. Entre las trémulas arboledas y los bosques retoza la gozosa y engalanada Primavera; las Gracias y las Horas de rosado seno llevan allí todas sus larguezas; allí habita el Ser inmortal, y los vientos del Oeste, con su ala perfumada, arrojan por las calles de cedros la fragancia del nardo y de la mirra. Allí Iris con su húmedo arco riega las orillas embalsamadas donde germinan flores de tintes más variados que los que puede ostentar su bordada banda, y humedece con un rocío eliseo los lechos de jacintos y de rosas donde el joven Adonis, curado de su profunda herida, descansado á menudo en dulce sueño, mientras la reina permanece tristemente sentada en el suelo. Muy por encima de ellos, en una luz radiante, se eleva el divino Amor, su glorioso hijo, sosteniendo á su querida Psique arreba-

tada en dulce éxtasis. Mortales que queráis seguirme, amad la virtud; sólo ella es libre, sólo ella puede enseñarnos á subir á más altura que la armonía de las esferas; si la virtud fuese débil, el cielo mismo se inclinaria para ayudarla.»

¿Debía yo anotar torpezas, rarezas, expresiones recargadas, herencia del renacimiento, una disputa filosófica, obra del discutidor y del platónico? No he advertido faltas. Todo se borraba ante el espectáculo del renacimiento risueño, transformado por la filosofía austera, y de lo sublime adorado en un altar de flores.

Ese fué, creo, su último poema profano. Ya en el que sigue, en *Licidas*, conmemorando, á semejanza de Virgilio, la muerte de un amigo querido (1), deja traslucir las cóleras y las preocupaciones puritanas, lanza invectivas contra la mala doctrina y la tiranía de los obispos, y habla «de la espada de dos manos que espera á la puerta pronta á dar un tajo para no dar más que uno». Al volver de Italia, se empeña en la controversia y la acción; empieza la prosa, y se detiene la poesía. De vez en cuando un soneto patriótico ó religioso viene á romper ese largo silencio, ya para alabar á los jefes puritanos, á Cromwell, á Vane, á Fairfax; ya para honrar la muerte de una amiga piadosa ó la vida «de una virtuosa joven»; una vez para pedir á Dios «la venganza de sus santos sacrificios», de los desgraciados protestantes del Piamonte «cuyos huesos yacen dispersos en las frías vertientes de los Alpes»; otra vez sobre su segunda mujer muerta al año de matrimonio, «su santa» querida, que se le ha aparecido en sueños «como Alceste vuelta de la tumba, con largo ropaje blanco, puro como su

(1) Eduardo King, 1637.



alma: leales amistades, dolores aceptados ó dominados, aspiraciones generosas ó estoicas que los reveses no hicieron más que depurar.

Han venido los años; excluido del poder, de la acción, hasta de la esperanza, vuelve á los grandes ensueños de su juventud. Como en otro tiempo, va á buscar lo sublime fuera de este bajo mundo, porque lo que es real es pequeño y lo que es familiar parece vulgar. Transporta sus nuevos personajes hasta el confín de la antigüedad sagrada, como había transportado sus antiguos personajes hasta el confín de la antigüedad fabulosa, porque la distancia aumenta su talla, y el hábito, cesando de medirlos, cesa de envilecerlos. Hace poco aparecían los seres fantásticos: la Alegría, hija del Zéfiro y de la Aurora; la Melancolli, hija de Vesta y de Saturno; el hijo de Circe, Comus, coronado de hiedra, dios de los bosques resonantes y de la orgía tumultuosa. Ahora Sansón, el despreciador de los gigantes, el elegido de Dios fuerte, el exterminador de los idólatras; Satán y sus pares; Cristo y sus ángeles, van á surgir ante nuestros ojos como estatuas sobrehumanas, y el alejamiento, burlando nuestras manos curiosas, conservará nuestra admiración y su majestad. Subamos más lejos y más arriba, al origen de las cosas, á la región de los seres eternos, hasta los comienzos del pensamiento y de la vida, hasta los combates de Dios, hasta ese mundo desconocido en que los sentimientos y los seres, elevados por encima del alcance del hombre, se sustraen á su juicio y á su crítica para suscitar su veneración y su terror; que el canto sostenido de los versos solemnes despliegue las acciones de esas vagas figuras, y experimentaremos la misma emoción que en una catedral cuando se prolongan bajo los arcos los raudales

de armonía del órgano, y las formas gigantescas de los pilares adquieren un aspecto vaporoso entre las nubes de incienso iluminadas por los cirios.

Pero, si el corazón ha permanecido inalterable, el genio se ha transformado. La virilidad ha ocupado el puesto de la juventud. Ha disminuido la riqueza y aumentado la severidad. Diez y siete años de combates y de desgracias han sumido ese alma en las ideas religiosas. La mitología ha dejado el puesto á la teología; el hábito de la disertación ha acabado por acortar el vuelo lírico; la erudición creciente ha acabado por pesar en demasia sobre el genio original. El poeta no canta ya en versos sublimes; cuenta ó arenga en versos graves. No inventa ya un género personal; imita la tragedia ó la epopeya antigua. Nos ofrece en *Sansón* una tragedia fría y elevada, en el *Paraiso recobrado* una epopeya fría y noble, y compone un poema imperfecto y sublime: el *Paraiso perdido*.

¡Pluguiera á Dios que hubiese podido escribirle, como intentó, en forma de drama, ó mejor, como el *Prometeo* de Esquilo, en forma de ópera lírica! Hay asuntos que demandan un estilo determinado; si resistís, destruí vuestra obra, y podéis daros por satisfechos cuando el azar produce y conserva bellezas parciales en el conjunto deformado. Para poner en escena lo sobrenatural, no ha de permanecer uno en su ordinario asiento, porque entonces tendrá trazas de no creer en lo que dice. Lo sobrenatural lo revela la visión, y debe expresarlo el estilo de la visión. Cuando Spenser escribe, sueña. Escuchamos los gloriosos conciertos de su aérea música; y el cortejo cambiante de sus apariciones fantásticas se desarrolla como un vapor ante nuestros ojos complacientes y deslumbrados. Cuando